



EL RETO

Del libro: El desarrollo de la imaginaria literaria en la novela del Siglo XX

James Alastair Beattie

*El autor del presente trabajo es James Alastair Beattie y el mismo forma parte del libro **El desarrollo de la imaginaria literaria en la novela del siglo XX**.*

En dicho libro expresa que nuestra cultura actual está distante de las fuentes originarias, por lo que, no es del todo acertado hablar de cultura occidental, toda vez que ésta se encuentra interferida, ampliada o enriquecida, como quiera decirse, por la tecnología, que ya no deriva de fuentes puramente occidentales.

A pesar de que expresa que es demasiado tarde para hablar de cultura occidental (dejando el término para un fondo romántico), expresa también que es prematuro hablar de una cultura universal, aunque advierte sus bases seminales.

La tesis central trata de la palabra que deriva de la imagen, de una imagen fenoménica impelida por los sentidos. Escudriña la evolución del símbolo, su alcance, su utilización como agente invocatorio. Inspirado en Coleridge, su trabajo está centrado en la novela como mito contemporáneo y su función es discutida en relación al desarrollo del individuo.

*Beattie es profesor de lengua y literatura inglesa en el Departamento de Literatura de la ULA. Es autor, entre otros trabajos, de **La victoria alada** y*

ha traducido y publicado la introducción de Wordswood a sus baladas. Tiene inédita una novela: La noche del mandrill, y numerosos cuentos y poemas. Algunos de estos trabajos han aparecido en la revista Oriente, de Cumaná, en el Papel Literario de El Nacional, Caracas y en Actual. Reside en Mérida desde hace quince años.

A.A.B.



Vemos a Ismael*, el narrador en la novela *Moby Dick* de Herman Melville, cuando va de la sala de clases donde ha sido maestro rural, a los grandes puertos balleneros de Nueva Inglaterra, después de engullir “un fuerte brebaje de Séneca y de los estoicos”, que lo facultará para soportar la disciplina de la vida marinera.

El nombre hebreo Ismael es un testimonio constante de la creencia que tiene esta clase de personas, de que ellos, así como los protagonistas del libro que consideran sagrado y que gobierna sus vidas, pensamientos y ambiciones, son el pueblo elegido de Dios. Es éste el libro que encierra las llaves de su salvación del demiurgo siempre presente y su liberación de la moha,** la redención y expiación de sus terribles pecados, como la amenaza de pecados aún más espantosos por venir, de los cuales nunca han de ser libres, siendo nacidos y formados en la iniquidad. Así, como hombres que viven en el orgullo, como seres humanos, de la especie *Homo sapiens*, y de los cuales Ismael es de los salvados (es el cronista Ismael, historiador y novelista a través de cuyos ojos vemos al barco de Ahab, el *Pequod*, hundirse después de que *Moby Dick* la haya resquebrajado), están condenados, en su mayor parte, dentro de su tradición calvinista y puritana, a la destrucción. Anticipándose a Darwin en dos siglos, sólo sobreviven los fuertes.

¿Cuál, entonces, es esta clase de humanos, esta raza de seres que odian hasta el hecho de haber nacido hombres, que repudian sus orígenes terrestres, la condición animal que los ata al orgullo aunque quieran luchar para escapar y hayan podido dar la espalda a la codicia, la envidia y la concupiscencia? Aunque éstos últimos sean muy pocos.

* En hebreo Ismael significa el Dios que lleva. Cf.

** Moha significa en el sentido filosófico, oscuridad o engaño de la mente que impide el discernimiento de la verdad y conduce a los hombres a creer en la realidad de los objetos mundanos. Cf. Maya, la cual, aunque conlleva la idea de engaño o de imagen irreal, en el sánscrito antiguo se refiere también a poder creador, arte y sabiduría.

¿Qué es lo que se puede esperar de un tipo de hombre como Séneca, o más aún, como Ismael, quien se ha negado a sí mismo los placeres de Eros, que se alimenta sólo para mantenerse vivo y fuerte y que no es asceta ni se encierra tras las murallas de un monasterio para vivir una vida de rezos, meditación y humildad pero ha de salir por el mundo y hasta los confines más remotos del espacio, y haciendo valer en forma conjunta su voluntad y su imaginación busca constantemente y a menudo con furia (aunque desea liberarse de esta furia) acercarse a una divinidad antigua y venerable cuyo nombre mismo se le ha advertido que no pronunciará a menos que pueda dar pruebas de beneficio y provecho? La vanidad es la satisfacción de los deseos del Homo sapiens. La vanidad exalta y agranda lo humano. ¿Y qué podría ser de menos provecho para este hombre, siendo la humanidad y los fines humanos las esclavitudes de las que justamente él ha de mantenerse siempre libre?

Ismael, el elegido, desafía al agorero de la perdición, y aborda el **Pequod**, en lo que conocerá a su capitán, el hombre que tendrá en sus manos su destino mientras esté a bordo, el Capitán Ahab*. Es a través de los ojos de Ismael, el maestro de escuela convertido en marinero común y corriente, que presenciaremos la acción. Ismael, que necesita descansar periódicamente de sus labores didácticas, ha de salir al mar a buen tiempo.

En cuanto me veo haciendo mohines enfurruñado, si noto en mi alma las húmedas brumas de noviembre, siempre que me veo parándome involuntariamente ante las funerarias, o agregándome al cortejo del primer enuero con que tropiezo, y particularmente cuando la hipocondria me domina de tal forma que necesito de fuertes principios éticos para no lanzarme a la calle a quitarle a golpes, metódicamente los sombreros a la gente... entonces, ya sé que es tiempo de embarcarme en cuanto pueda.*

* En hebreo significa "tío"

* Las citas que siguen son de la novela Moby Dick de Melville. Edición española de Editorial Juventud, Barcelona, 1955. p. 9

La imagen central y el título del libro es Moby Dick, la gran ballena blanca que es dueña de los océanos y de los siete mares. Su enorme tamaño, su inteligencia, su virilidad, nobleza y arrogancia han logrado lisiar al capitán Ahab, que no soporta el hecho de que él, Ahab, sea una criatura inferior a este leviatán de las profundidades. Jura que se vengará a pesar del ruego de su compañero para que deje la persecución:

-¡Oh, mi capitán, mi capitán! ¡Alma grande y noble corazón a pesar de todo!
¿Por qué ha de ser necesario que nadie persiga a aquel odiado animal?
¿Vámonos de aquí! ¡huyamos de estas aguas letales! ¡Vámonos a casa!**

Ahab ni quiere ni puede escuchar a su compañero nombrarle su casa. Su intrínseca naturaleza no le permite anteponer las alegrías domésticas a los impulsos que surgen de lo profundo de su alma. Le da la espalda a su contramaestre, sensato y sano, al tercer día de la persecución.

-¡Oh, Ahab! -gritó Starbuck-. Ni aún ahora en el tercer día es demasiado para desistir. ¡Ya ve, Moby Dick no le busca! Es usted quien la busca a ella insensatamente.***

Ahab desdeña contestarle:

Pero Ahab apartaba la vista; se estremecía como un árbol podrido que dejara caer al suelo su última manzana.****

Ahab está poseído, poseído por el impulso fatal de mostrarse superior a la ballena. Al darle la espalda a Starbuck empieza su soliloquio:

** Idem, p. 373

*** Idem, p. 394

**** Idem, p. 374.

-¿Qué es eso? ¿Qué cosa indecible, inescrutable y diabólica? ¿Qué oculto señor y amo me manda? ¿Qué cruel y despiadado emperador me ordena que contra toda añoranza y amor humanos me aferre y persista en ello, me lancé a ejecutar desatado lo que ni mi propio corazón humano se atreve a concebir?*

Ahab se sabe poseído, está conciente de ser un hombre dividido en contra de sí mismo y que dentro de su naturaleza, de su propio corazón, no tiene el coraje suficiente y menos aún la fuerza para proseguir en su misión aterradora. Está impulsado por una fuerza mayor a la suya. Quizá sea este sentimiento de fuerza el que lo domina y lo impulsa; la conciencia de que está poseído de fuentes de energía que surgen de manantiales extraterrestres, es decir distintas a la tierra, el aire, el agua o el fuego, y que dentro de él obran fuerzas celestiales.

¿Es Ahab, Ahab? ¿Soy yo, Señor, o quién el que mueve este brazo?***

Aquí tenemos a un hombre, Ahab, el capitán de un barco ballenero comercial, un anglosajón blanco de Nueva Inglaterra, no a un patriarca israelí, con una joven y linda esposa y un niño de ojos azules, en su hogar de Massachusetts esperando su retorno. Aquí está Ahab que acaba de hacer añicos su sextante en el puente como gesto de desprecio hacia una ciencia que puede informarle en qué punto de la superficie del globo terráqueo se encuentra, pero no puede decirle quién es él.

Han pasado más de cien años desde que la **Pequod** navegó el Pacífico en busca de la gran ballena blanca. Han desfilado Freud, Jung, y Fromm. Es posible que si Ahab viviera hoy en día supiera un poco más sobre sí mismo, pero no sería mucho más. El hombre de acción y de ciencia está todavía divorciado del hierofante contemplativo. El gue-

* Idem, p. 374.

** Idem, p. 374

rtero aparece todavía como defensor de la iglesia, aunque esté divorciado de ella. Todavía nuestra ciencia masculina escarnece a la numenología y a la noosfera, aún siendo el escarnio de lo inferior para con lo que lo mantiene sumiso. Y ¿por qué no ha de ser orgullosa nuestra ciencia masculina? Es la que provee de alimentos y armas al mundo, y el mundo ya depende de ella para sobrevivir. Es la ciencia, sentada en el baluarte de la ética occidental, la que ha de imperar hasta que madure y comprenda de dónde ha surgido.

El cuidadoso Emanuel Kant en su "Crítica de la razón pura". Kant asevera que la ciencia y su lenguaje, la matemática, sólo son capaces de permitirnos la comprensión de los sucesos perceptibles. El mundo de lo numinoso (del noumen) es el que se presenta ante nuestro entendimiento y el mundo fenoménico ante nuestros sentidos. En ambos casos el mundo kantiano depende de la estructura de nuestras mentes y por lo tanto, no puede acercarse a la realidad tal como es, no puede, en realidad, sino "contemplar sus propias ideas"* , así como Narciso contemplaba vanamente su propio reflejo en un pozo del bosque. ¿No ha habido, entonces, ningún acrecentamiento de aquellos sucesos que pueden declararse no perceptibles por vía del mundo de los sentidos mensurables? ¿La gran ballena blanca, Moby Dick, habrá hecho naufragar a Ahab y a todo lo que representa de tal modo que no nos cabe albergar esperanzas para el fuego prometeico? Ciertamente es que el pecado de Ahab es grave, que sobrepasa la soberbia arrogante y la apostasía alcanzando la blasfemia:

-Oh, tú, pálido espíritu del fuego pálido, a quien adorara en estos mares u n tiempo, cuando yo era persa, hasta que en la ceremonia ritual me quemaste de tal modo que aún conservo la cicatriz! Ahora te conozco ya, pálido espíritu, y sé que el mejor modo de adorar consiste en desafiarte. No tienes afecto ni para el amor ni para la reverencia, y, por odio, sólo sabes matar, y todos

* Bede Griffiths, *The Golden String*, p. 53

mueren. No es un necio sin temor quien te afronta ahora; reconozco tu poderío inefable y etéreo, pero negaré hasta el último aliento de mi vida tormentosa tu dominio absoluto sobre mí. Si llegas en tu más humilde forma de amor, doblaré la rodilla y te besaré: pero si vienes en la más exaltada como simple poder sobrenatural, me encontrarás indiferente.

¡Oh, tú, pálido espíritu, me hiciste de tu fuego, y como verdadero hijo del fuego, te lo devuelvo en mi aliento!

-Reconozco tu poderío inefable y etéreo, ¿es que no lo dije así?, y no a la fuerza, como tampoco suelto ahora estos eslabones. Me puedes cegar, pero podré andar a tientas. Me puedes abrasar, pero seré cenizas. Acepta el homenaje de estos pobres ojos cerrados y manos que los tapan. Yo no lo aceptaría. El rayo me atraviesa el cráneo, me duelen los ojos, mi cerebro entero parece degollado y rodando por el suelo atolondrado. ¡Oh, oh! Aún a ciegas seguiré hablándote. Tú puedes ser luz, que surgiste de la oscuridad: en cambio, yo soy oscuridad saliendo de la luz, ¡saliendo de tí!. Cesan las jabalinas; ojos abiertos: ¿ven o no? ¡Allí arden las llamas! ¡Oh, tú, magnánimo! Me enorgullezco de mi ascendencia. Pero tú no eres más que mi furibundo padre; a mi dulce madre, no la conozco. ¡Oh!, cruel, ¿qué hiciste con ella? Ese es mi enigma: pero mayor es el tuyo. No sabes de dónde viniste, de ahí que te llames ingénito: no sabes seguramente de tus comienzos, y así te llamas eterno. Yo sé de mí todo eso que tú no sabes de tí, ¡oh, onmisciente! Más allá de ti, oh pálido espíritu, hay algo indifundible para quien toda tu eternidad no es más que tiempo y todo tu poder creador, maquinal. Mis ojos chamuscados lo ven confusamente a tu través. ¡Oh, tú, fuego expósito, ermitaño inmemorial, también tú tienes tu enigma intransmisible, tu dolor sin participación! Descifro así a mi padre, en su soberbia angustia. ¡Salta, salta y lame el cielo! Salto contigo, ardo contigo, quisiera estar fundido contigo; te venero retardadamente.*

El fin apropiado para Ahab va a ser, pues, el de estar unido a su antagonista en la muerte. No sólo vio hundir su barco al ahogarse juntamente con sus compañeros, sino que estuvo enredado en su propio cordel, inmovilizado junto al cuerpo de aquello que no pudo subyugar en la naturaleza, ni dentro de él mismo ni en la gran ballena blanca.

* Herman Melville, *Moby Dick*, pp. 345-346.

La imagen seminal (I), puesta en la matriz, donde se forma y se hace símbolo significativo (S), surge a la luz como metáfora (M) y comienza su vida alegórica (A) dentro del inmenso océano de la conciencia. Luego la novela (N), se convierte en vehículo cuya búsqueda es la de encontrar la imagen, seguirla e imponerse a ella.

Ahab, retrocediendo a aquel animismo gnóstico como reliquia rescatada de sus ancestros arios, no logra el triunfo frente a la gran ballena blanca, de naturaleza desinteresada pero despiadada, la madre que lo había lisiado con el pecado original, la que no conoció nunca, y a quien hubiera despreciado de haber dejado momentáneamente la persecución de su padre, el fuego, y, aunque es vencido, no puede decirse que haya fracasado totalmente. Su defecto trágico no está a la vista, y hasta en su soberbia mantiene perfecto su espíritu hasta lo último. Aún así, el tono de la novela es trágico, y es esto lo que nos obliga a examinar aquel defecto en el carácter que da el triunfo trágico a un Moby aún más soberbio y a la profundidad del mar.

Aún siendo el antagonista, Moby ni siquiera llega a corromperse con el mal. Es una bestia pero nunca deja de tener nobleza. No busca vengarse. Siendo parte íntegra de la naturaleza, cuando no es su símbolo, está siempre en su seno y es invencible. Es esta invencibilidad la que debe ser admirada y quizás emulada. Aún así no podemos ponernos de su lado: hemos de tomar partido por Ahab.

Al escudriñar el carácter del protagonista para encontrar su defecto, la tragedia se hace vehículo de la moralidad. Observamos las aspiraciones de nuestro héroe, las compartimos y si no somos muy amargados y sofisticados las sentimos como nuestras. Nos sentimos obligados a emularlo en lo que tiene de más noble y, ante todo, le prestamos mucha atención a su fin: allí aprendemos las lecciones, si es que las hay y si nosotros todavía estamos en capacidad de hacerlo; y en

el espíritu del sacrificio vicario y, como parte de nuestra catarsis sagrada, sentimos su pérdida. Nos molesta profundamente el triunfo de su contrario.

Lo ético se convierte en un desafío intelectual. Más aún, representa un desafío a nuestra sensibilidad pragmática a la que, si no nos hemos vuelto muy cómodos, ponemos un alto precio. La ética es una fuerza que existe a despecho de la naturaleza, que es capaz de llegar a ser más fuerte que ella, y, aún cuando en muchas oportunidades ha resultado perdedora al enfrentarla, sin embargo, no debe perder siempre ni ha de suceder perpetuamente. Al transformarse llega a ser una especie de idealismo imaginativo que, al realizarse, a pesar de las enormes pérdidas que ocasiona, es a la larga la única salvación no sólo para el protagonista sino para todos aquellos en capacidad de tomar su parte. Si es que tenemos fuerzas suficientes, tanto morales como físicas, aceptaremos ese desafío.

Si salimos del anfiteatro tespiano con sentimientos imaginativos menores que éstos es que hemos concurrido sólo para distraernos. Sin embargo, como devotos del arte e iniciados vestales deberíamos aspirar a ser más, mucho más que espectadores plebeyos, más aún que aquellos que asisten a los ritos tespianos como efebos para participar de la catarsis. ¿No hemos de ser custodios y portadores de la llama sagrada? Si hemos aspirado a su mantenimiento y cuidado, ¿qué nos puede pasar al ser negligentes en alguno de nuestros deberes para con ella?

Una vez más debemos aclarar que el escudriñar de manera ociosa el arte, como también el comentarlo, a estas alturas no se puede hacer sin peligros. No se trata ya de ser espectadores sino de estar involucrados en un compromiso que va más allá de los directores de escena en los programas de pan y circo de una república en desarrollo, aunque los circos tienen su lugar para deleitar y sus propios misterios; pero la

república propiamente dicha, en la medida en que encierra el vaso sagrado, debe ser vista continuamente a la luz del ideal.

